

## CULTURA

## UNIVERSOS PARALELOS

## La importancia de pelos y trapos

DIEGO MANRIQUE

Por favor, no me hagan chistes: en 2017, se publicaba *The Cutting Edge*, las memorias de Leslie Cavendish, peluquero de los Beatles durante la segunda mitad de los años sesenta. Hace poco, salía *House of Nutter*, biografía de Tommy Nutter, su sastre en la misma época: tres de los cuatro *beatles* que aparecen en la portada de *Abbey Road* llevan trajes de Nutter.

Cierto, la industria editorial no desaprovecha nada mínimamente conectado con el nombre mágico de los Beatles. Pero la coincidencia de estos títulos viene a recordarnos algo rara vez comentado: la centralidad de la imagen personal, la apariencia física, en el negocio del pop. Especialmente, en Reino Unido. Allí, en tiempos de vacas gordas, un alto porcentaje de los adelantos de contratos discográficos con nuevos artistas terminaba en los bolsillos de estilistas, diseñadores, peluqueros. Y nadie se escandalizaba: tener un *look* llamativo se consideraba esencial. Entonces y ahora.

No se reconoce, pero se toma muy en serio: la prensa británica, en reportajes e incluso en críticas discográficas, gusta de señalar deslices estéticos (todavía podemos leer lo del “lamentable *mullet* de Bono”). Se supone que una estrella debe diferenciarse del resto de los mortales, incluyendo a sus propios colegas: era feroz la competencia entre Bowie y Jagger por hacerse con las prendas más *cool*.

Quizá debamos atribuirlo a peculiaridades británicas, como la teatralidad, el gusto por disfrazarse/travestirse, los palimpsestos del sistema de clases... Solo así se explican las fantasías de la era del *glam*, cuando hasta un intelectual como Brian Eno lucía como pavo real. O el hecho de que el *punk rock* londinense comenzara en una *boutique* de King's Road: más que subvertir la sociedad, los Sex Pistols debían promocionar las ocurrencias de Vivienne Eastwood. Has-

ta la rama revolucionaria del primer *punk*, es decir, The Clash, probó con uniformes *arty*.

Pero volvamos al principio. El libro de Leslie Cavendish ha sido traducido al español por Inicios como *El peluquero de los Beatles*. No estamos ante una aportación clave a la bibliografía del cuarteto: demasiado relleno, excesivas conclusiones. Pero sí ofrece la visión única de alguien que obligaba a los Beatles a estarse quietos mientras trabajaba con las tijeras.

Esencialmente, el tomo nos acerca a la textura de la vida cotidiana en el Londres moderno de los sesenta. El propio Cavendish funciona como prototipo de aquellos chicos de origen modesto que cayeron por casualidad en la vorágine y supieron adaptarse. Su primer empleo, en el salón de Vidal Sassoon, le permitió el trato con figuras del cine y la música. Gente sin preocupaciones económicas: Tom Springfield, hermano de la vocalista Dusty Springfield, le regala su piso —en barrio céntrico— cuando decide emprender un viaje largo. Gente descarada: en su primera visita a la mansión de Robert Stigwood, mánager de los Bee Gees, se le insinúa inmediatamente. Gente focalizada en lo suyo: Cavendish, hincha de los Queen Park Rangers, se asombra de que a los Beatles no les interesara ni el Liverpool ni el Everton ni ningún otro equipo.

Evocando la Década Prodigiosa, hoy McCartney insiste en presentarse a sí mismo como mecenas del *underground*, *connoisseur* del arte de vanguardia. Exagera. Cavendish recuerda que Apple Corps, su famoso experimento empresarial, incluía poco más que negocios musicales. Y moda, claro. El dinero de Paul y compañía financió una espectacular *boutique* de corta vida y un caro negocio de sastrería, Apple Tailoring, donde también Cavendish estableció su estudio de peluquería. Eso estaba más en línea con lo que se esperaba de superestrellas de los sesenta.



Manuel Gerena, durante un concierto en Barcelona en 1974. / PILAR AYMERICH

## Flamencos contra Franco

La Bienal de Sevilla recuerda a Francisco Moreno Galván, figura esencial de la escena más contestataria y reivindicativa

FERMÍN LOBATÓN, Sevilla

En una de sus actividades paralelas, la Bienal de Flamenco de Sevilla ha abordado un asunto que, a los ojos de hoy, pudiera parecer oportunista, pero que estaba en la mente de su director, Antonio Zoido, desde el momento en que asumió la responsabilidad. Justo cuando se cumplía medio siglo del Mayo francés del 68, se preguntó por el estado del flamenco en esas fechas, tan oscuras en España. Era un tiempo en el que este arte se intentaba zafar de las garras del denominado nacionalflamenquismo para cobrar un carácter reivindicativo que muchos entroncaron con su naturaleza de grito de un pueblo oprimido.

Confluyen en unos mismos años una corriente de regeneración y dignificación del flamenco con una imparable reacción social y política contra la dictadura. Según Zoido, la modernidad de este arte le hizo estar a la altura de un tiempo de lucha y reivindicaciones. Una etapa que puede que no haya sido abordada suficientemente, pese a las aportaciones de autores como José Manuel Gamboa o Alfredo Grimaldos y, más recientemente, del cantaor Juan Pinilla. Para ahondar en ello, la Bienal, con la colaboración del Centro de Estudios Andaluces, programó unas jornadas con participación de una decena de expertos que el viernes y el sábado abordaron aspectos como el “flamenco protesta” y su renovación artística en aquellos momentos de inevitable cambio.

Las jornadas estaban dedicadas a la memoria de Francisco Moreno Galván, un hombre cali-

ficado de renacentista por la multiplicidad creativa que desarrolló, además de por su gran dimensión intelectual y moral. Precisamente, en una de las mesas redondas participó Juan Diego Martín Cabeza, autor de una tesis doctoral sobre su obra y sobre la renovación estética de lo jondo que Moreno Galván Gal-

por su especial carácter ritual y en cierto modo contestatario, que la diferencia del resto de festivales que surgieron en Andalucía por aquellos años. Medio siglo después, mantiene su vocación de comunión e idéntica configuración escénica. La especial lámpara racimo que la preside también estaba en la exposición junto a una rica selección de fotografías, obra de Antonio Moreno y Enrique Sánchez.

Una penúltima faceta de este humanista estuvo en su labor como letrista de cantes, pues consideraba el flamenco como “la manera más hermosa de denunciar y protestar”, según citó Miguel Ángel Rivero, delegado de Cultura de La Puebla y comisario de la exposición. El cantaor José Menese, a quien descubrió y produjo discos, fue el mayor destinatario de sus composiciones. El nombre de Menese, junto a los de Enrique Morente, Juan Peña Lebrijano, El Cabrero y, sobre todo, Manuel Gerena, que contaría sus detenciones por centenares, estuvieron entre los más citados de las jornadas como representantes de los artistas que trasladaron a su cante el compromiso político. El periodista y escritor Luis Clemente añadió el nombre de Luis Marín, autor de dos discos contestatarios y muerto atropellado en sospechosas circunstancias.

Ayer, en el Teatro Lope de Vega se presentaba la revisión de *Quejío*, la obra fundacional del grupo La Cuadra de Salvador Távora en 1976. La primera y revolucionaria muestra de flamenco teatro de denuncia.



Cartel de la reunión, obra de Moreno Galván.

ván en su labor como artista plástico.

Una exposición muestra esta faceta con algunas de sus pinturas, portadas de discos y, sobre todo, con una amplia selección de la cartelería que realizó para la Reunión del Cante Jondo de La Puebla de Cazalla, su ciudad natal, que en 49 de sus 50 ediciones ha lucido composiciones suyas en los carteles.

Esa misma cita se puede tener como una de sus creaciones,

PRESENTACIÓN LIBRO

REPÚBLICA,  
¿Y ESO QUÉ ES?

MAÑANA

Ateneo de Madrid | 19H

Con el Senador Joan Comorera,  
ex diputado del CDS Ramón  
Viñals y el autor Pau Miserachs

www.opiniosocialdemocrata.cat  
www.repúblicaesoquees.com

